



FIESTA DE LA VENDIMIA.

(Fotografía Juan Caruso).

Conjunto de bellezas que representaron a las distintas zonas viñateras de Canelones, en la tradicional Fiesta Nacional de la Vendimia, triunfo del trabajo asociado al de la gracia y hermosura de las vendimiadoras. Fue coronada Reina de la Vendimia la Srta. Mirta Passadore.

CHIAPA DE CORZO: ESPECTACULO DELIRANTE



Fuente de la Plaza Principal de Chiapa de Corzo, República Mexicana, en que se imita la corona morisca de Fernando e Isabel La Católica.

Chiapa de Corzo se encuentra en el Estado de Chiapas de la República Mexicana, no lejos de la frontera con Guatemala.

NO hace mucho que regresé de un viaje de maravilla por las tierras del medio día de nuestra patria aforada; tierras ubérrimas en que estrida el saraguato, mece el cerúleo de su plumaje la valiosa continga y resbala a la vera de los ribazos el peligroso y hermosísimo áspid negro de manchitas blancas llamado centil.

Traigo el alma henchida de impresiones descompasadas, entre las que figuran la admiración ante las monstruosas grandezas de la Naturaleza, las austeras vibraciones del pasado y las vivencias de mil cosas que ahí laten, de mil voces que cobran inflexiones de lejanías remotas; ahí salió a cada paso a requerir mi estupor, el prodigio, y a detener mi asombro, el milagro.

Sí, Chiapas es un terciopelo verde en que aspergearon las centurias; acá, bosques de portentosa corpulencia e impenetrabilidad; allá, selvas que se tragan ciudades y más ciudades de tiempos pretéritos; ahí, urbes que son mensajes misteriosos de refinamientos estructurales tan cumplidos, como que la escultura, deliciosa y soberana, completa la expresión arquitectural, cual en el sin igual Palenque, en Yanchilán, en Locanhá, en Bonampak, etc.; acullá vestigios sorpren-

denes de la Colonia que tomó inflexiones de serenidad y de elevación, como en Chiapa de Corzo, o bien, opulencias productoras de riqueza como el café en el Xoconochco (Soconusco), de hule como en sus chicozapotales que por doquier se miran, de plátano y cacao como en Tapachula (la chula morena), Talismán, Cacahuatan, Tuxtla Chico, etc.

Chiapas es un dije en filigrana de oro que adorna el pecho de la República Mexicana y, pues hablo de esto, de invocar es el asombro que causa contemplar la finura y la belleza miniada con que trabajan los joyeros de Tuxtla Gutiérrez, de San Cristóbal y de Tapachula los anillos, los aretes, los medallones y las pulseras de encajes y bordados aurinos.

Pero no me voy a referir al Estado todo, sino sólo a la linda Chiapa de Corzo, que cuenta con la más bella Plaza de Armas, Zócalo o Parque, como se le quiera llamar, del mundo.

A sólo unos veinte minutos de Tuxtla Gutiérrez por carretera perfectamente asfaltada rumbo a donde el sol sale y, mirando siempre su rostro enrubecido, se llega a la expresada Chiapa, fundada por el capitán Diego de Mazariegos el 3 de marzo de 1528, como réplica a la humeante metrópoli de los chiapa que prefirieron arrojarse con sus familias al fondo del Sumidero, antes que ser esclavos de los bárba-

ros invasores iberos, griegos, portugueses e italianos que constituían la pandilla de Hernán Cortés, de la cual se destacó a ese.

Pero no entremos todavía a población tan evocativa, no, detengámonos poco antes sobre el magnífico puente colgante que apoyando sus eneos cables en ambos flancos del abismo en que se inicia el Sumidero, mece su recia estructura sobre el río Grijalva que aún lleva el nombre de Mezcalapa.

Imponente es la vista ante el agua de corriente rápida que pasa arrastrando leños y agitando ramas; pero más interesantes son las agrias estratificaciones de rocas, de terribles flexiones y de espantosas roturas geológicas, así como la erosión acuosa y eólica que marcan reciamente su acción deformante.

Y, ahora sí, aventurémonos por las calles de Chiapa de Corzo, apellidada de esta guisa en honor de su insigne liberal nativo, don Angel Albino Corzo, quien actuó, siendo general, brillantemente durante la segunda mitad del siglo pasado.

Caminando por las soporizadas callejas desembocamos en la Plaza de Armas, un embrijo de hermosura como queda dicho, pues no sólo es dilatada, amplísima, hasta el punto de medir, probablemente, más de trescientos metros por cada lado formando un cuadrado regular, sino que está en su casi absoluta totalidad enmarcada por ar-

cos de medio punto que alinean portales deliciosamente sugerentes, somnolientamente retrospectivos.

Las hileras de arcos de la Plaza de Armas de Chiapa de Corzo constituyen una fiesta para la vista y un arrullo para el alma; hay algunos rebajados, otros desdibujados y medio chuecos delatando arrobadora sencillez y primitivismo, en tanto que otros, verdaderos soportales, rezan para el espíritu invocaciones mil de tiempos que expiran y bostezan de años que entre sus grietas dormitan.

Juraría, y hágolo así, que por sus espaciosas dimensiones, por sus larguísimos portales y por las casas que le encuadran, achaparradas y escasas de dos pisos, por lo que dan visión regularizada de un piso; sí, por la hermosura de su factura y por lo soleada y linda, la Plaza de Armas de Chiapa de Corzo es unidad arquitectónica, emotiva, preciosa y que por todo esto se le puede tildar de la más linda del mundo. Supera por su uniformidad y sobre todo por su amplitud a la de Santo Domingo de la ciudad de México; es también superior a la de Metz en Francia y, ni en España ni en los países sudamericanos que he visitado he visto algo semejante. Menos aún me atrevería a invocar la Puerta del Sol en Madrid, tan chica a irregular.

Al centro casi de dicha primorosa Plaza de Armas alza su donosura y lindeza la "Fuente Colonial" que imitando, según se dice, la forma de la corona de los reyes de España, Isabel la Católica y Fernando de Aragón, erigió en 1562 fray Rodrigo de León; "el cuerpo principal y su torreón están inspirados" en ésta, explica la leyenda grabada en azulejos.

Los arcos botareles que sostienen el empuje de la bóveda central son preciosos y los arcos de medio punto una delicia, los tabiques son cuadrados e imitan con sus aristas salientes el tallado de los diamantes. Dentro, colgando del cimborrio está una gran lámpara circular de hierro forjado.

No lejos de ésta —cuidadosamente rodeada por un barandal de tabique y sostenida entre una rotunda con ladrillos también labrados como diamantes— admírase la corpulenta ceiba, añosa y despedazándose de vieja, en que los conquistadores europeos acamparon y en seguida alrededor establecieron la ciudad el precitado día 3 de marzo de 1528, obedeciendo órdenes del capitán Diego de Mazariegos, quien la bautizó con el nombre de Villa Real.

Transido, así de emoción y de evocaciones, propongo a cuantos se interesen, constituir primero una Sociedad Nacional de Amigos de Chiapa de Corzo y, en seguida, que se declare "Monumento Nacional" su Plaza Mayor, para que no se hagan innovaciones en sus arquerías y de ser posible se vuelva a su primitivo aspecto el mercado circular, cuyos altos arcos han sido tapados en parte y afeados con pegotes.

Antes de ser fundada la ciudad colonial a que me contraigo, de expresar es que existía la metrópoli; de los indios denominados Chiapa, quienes procedentes de Nicaragua vinieron a radicarse ahí desde antañosas datas y, a su capital llamaron Teochiapán, Mandiame o Socton Nandulami. Procede hacer la observación de que el primero debió ser impuesto posteriormente, pues es desinencia mexicaní el prefijo Teotl (dios).

Destacado de Coatzacoalcós hizo la primera irrupción sobre los chiapa el capitán aventurero Luis Marín, a quien acompañaba el furioso antimexicano Bernal Díaz del Castillo, convertido por obra de la vejez en cronista al redactar los recuerdos y andanzas de su juventud; los bravíos aborígenes se batieron con denuedo heroico. En 1528 llegó la segunda meznada de invasores al mando del capitán Diego de Mazariegos: epopeya tras epopeya escribieron en la épica patria los chiapa, quienes a su valor temerario agregaban su constancia en la fatiga y la grandeza de sus almas y, cuando seguros de que el hado les deparaba la derrota, prefirieron, ya ahudí, la muerte de ellos y los suyos, a la esclavitud y al servilismo por el que suspiran todavía algunos malinchistas. Fue en el Peñón de Tepetchia, desde donde sin titubear se lanzaron al vacío para caer más de mil metros abajo en el torrente caudaloso, hombres, mujeres, ancianos y niños. ¡Salvaje grandeza; heroísmo digno de dioses!

Merced a caso tan insólito y también a lo mucho que parecía los terrígenas, en 1552 la ciudad y sus contornos quedaron exentos de encomiendas, por lo cual se la tituló Chiapa de la Real Corona.

Con modulaciones dulcísimas, con resonancias singulares deja oír su lengua metálica la colosal esquila del templo de Santo Domingo o Iglesia Grande; aseguran algunos vecinos que hasta cuatro leguas a la redonda, otros que hasta nueve leguas y, ambos explican que se debe a la enorme propor-

OTRA CAUTIVA DE BLANES

SOLO la creencia de que agrego un dato más al conocimiento del gran pintor rioplatense, autoriza mi atrevimiento, y me justifica para escribir estas líneas. No tendrán seguramente trascendencia. Pero en las obras que pude revisar sobre la labor de Blanes, anoto el desconocimiento de este cuadro que, si como creo, le pertenece, agrega una pieza más a la profusa labor que el desarrollara, de la que son testigos sus múltiples trabajos, dieminados especialmente en ambas márgenes del Plata. Anoto tan sólo que así, poniendo en discusión la paternidad de este cuadro, le rindo el homenaje de mi admiración y mi agradecimiento, por cuanto hizo en buena parte de su obra, para documentar sería e inmutable, la verdad de una época de la historia común de nuestras patrias.

Durante el año largo que hube de vivir en Chile, por Valparaíso y Viña del Mar, mis andanzas por librerías y "cachurero", fueron el mejor descanso de todos los días. Y durante ellas, de la mano de un gran amigo uruguayo, ya conocedor del ambiente, Carlos García Ibarlucea, di con el cuadro de que estoy dando cuenta, y que si bien no está firmado y carece de documentación, luce en su marco de época, sin fecha ni título, un nombre: BLANES.

Yo "conocí" a Blanes muy ampliamente, cuando en octubre de 1941, el Museo Nacional de Bellas Artes de Buenos Aires, pudo brindar a la cultura artística de mi país, gracias al gesto amistoso del gobierno uruguayo, la mayoría de las obras del gran maestro, recién expuestas en el Teatro Solís de Montevideo, con el éxito consiguiente, y con más las obras que por razón de su tamaño, no fue posible enviar desde Buenos Aires a la muestra original. Así lo "conocí" en su obra, y lo conocí en su vida a través del ilustre "amigo común" el doctor José M. Fernández Saldaña, en cuyo ejemplar de su obra sobre el maestro, guardo orgullosamente el recuerdo cariñoso de su dedicat-

ria. Y aunque ni lo uno ni lo otro me pone en condiciones de atribuir un trabajo serio sobre la materia, la verdad es que no es esa mi pretensión, y así lo repito.

Mi reencuentro con el artista constituyó una excitación en mi espíritu, lógica, y me puse a la búsqueda de algún antecedente más serio que mi entusiasmo, para asignarle al cuadro que me curiosidad y la amistad de García Ibarlucea, habían puesto en mis manos. No fue posible hallar el rastro apetecido, y sólo la seriedad de don Luis Mori, hermano de Camilo, que intercedió en su adquisición, daban fe a mi atrevida seguridad de que en realidad, estábamos frente a "un Blanes" más. Así averiguamos que el cuadro procedía de París, y que en los últimos meses del siglo pasado, había sido llevado a Chile.

Volviendo a la obra en sí, estamos frente a un tema conocido. Sobre todo, a un tema que atraía a Blanes. Muy parecido, aunque obra menor, es el que bajo el título "La Cautiva", figuró en la exposición de 1941 en la tela que bajo el número 206 del catálogo, se anota perteneciente a la señora D. María Etcheverry de Pons. El tamaño es menor, con detalles variados; idéntico el tema; el fondo más detallado de las tolde-rias; la imagen procede indudablemente de la misma modelo; y pueden anotarse detalles que en principio, justificarían la asignación de esta obra al maestro. Ya conocida

es su animosa dedicación, en la preparación de sus obras. A menudo, durante sus peregrinaciones por el viejo mundo, en las que recogió tanta enseñanza sin desdibujar su profunda fibra americana, solicitaba de sus amigos, material para el estudio de los rasgos típicos documentales. Y los ensayaba en múltiples estudios que realizaba sin descanso, para lograr junto con la fuerza incontinente de su fecunda paleta, la verdad histórica que él deseaba acompañar en su obra, seguro en su criterio de que sólo así, realizaría labor capaz de sobrevivir a una vida física, que azotaban a menudo las contrariedades de todo orden.

Hay un apunte, sobre el pie de "La Cautiva", que está más próximo al nuevo cuadro, que al conocido. La posición de uno de los indios, que mira protegiéndose del sol con una mano, la encontramos en el cuadro "A pleno sol", y anotamos la misma expresión en el titulado "Dos gauchos en el palenque". El otro indio que aparece en la escena, con ambas manos cruzadas en la nuca, repite la que podemos ver en el cuadro "Atardecer" de propiedad del señor Fernando García, y en el que con idéntico título se exhibió perteneciente a la familia de González Carballo. Sin pretensiones, me limito sólo a enumerar estos detalles, como la razón por la cual considero que "esta cautiva", pertenece también a Blanes.

El hecho de haber encontrado la obra en

Chile, podría habernos ubicado en la posibilidad de que el cuadro hubiera sido realizado durante su viaje al "Chimborazo", pero la búsqueda de antecedentes en tal sentido, anula la posibilidad de que en esta estadía, durante la que no dispuso de tiempo libre, o mejor dicho, durante ella no se encuentra el vacío que hubiera empleado en pintar esta obra. Todo confirma la aseveración de Mori, que lo indica procediendo de Francia. La fecha probable, posterior a la época en que pinta "La Cautiva" anotada por el doctor Fernández Saldaña como 1880, y quien al comentar ese período en que realiza varios cuadros de motivos americanos, como "La paraguaya", "El ángel de los charrúas" y "El último paraguayo", manifiesta que "Más que en pintar cuadros, el año 1880 iba a emplearse en proyectarlos". ¿Es que el erudito biógrafo y gran conocedor de Blanes, manifiesta eso por documentación existente que no anota? ¿O lo hace en la presunción lógica de quien no logra encontrar obras dignas de mención en esa época?

Queda el problema. Ojalá que mi intuición encuentre en el estudio de quién está habilitado para afirmarlo, su confirmación. Y habremos incorporado una obra más a la enorme labor de Blanes.

José María LONGO

Buenos Aires, marzo, 1956.
Especial para EL DIA.

ción de oro con que está ligado su metal y a que como el agua del río pasa tan rápido y es buena conductora del sonido, alcanza así distancias inverosímiles.

Llama la atención el que las ventanas por donde pudo ser introducida tan desmesurada campana sean más chicas que ésta, de la cual se infiere que fueron cerradas las torres posteriormente; notable también es el hecho de que cuelga su tremendo peso (100 quintales) de tan sólo tres palitos de chicozapote. Se la nombra María Teresa.

Resuena la esquila, gritan cantarinas las campanas y bajo su temblar de voces se postran allá abajo, humillando la testa creyente, feligreses que musitan plegarias y hacen invocaciones bajo las tres larguissimas naves de tejado que componen la iglesia; a dos aguas es la nave central, la más ancha y, sus muros divisorios descansando sobre altísimas columnas son de tipo basilical con juegos de arcos, ventanas, hornacinas y vanos. La bóveda central es de media naranja sobre el crucero; de estupenda hermosura es el frontal, todo de pura plata, que luce el ciprés.

Otras muchas cosas podría recordar de este templo, tan sápidamente primitivo, como que más de la mitad de su piso está empedrado con toscas piedras e intentos devotos y como que su largo trasunto, sin lograr tanto desarrollo, el de la catedral de Canterbury en Inglaterra.

Chiapa de Corzo reúne todos los títulos de belleza reminiscente para ser amada; todas las calidades necesarias para ser conservada con unción y, si lo dicho basta para recordarla con deleitación, su visita impresiona tan hondamente que su recuerdo es una gema que avalora el tesoro de las nostalgias.

Chiapa, serena como una madona que reza; tranquila como una mujer que envejece; pero también con amabilidades risueñas en su cascada que en gruesos borbotones rompe las murallas de la tierra brava! Con finuras como las de su capilla dedicada a San Gregorio, que sobre un alcor se levanta; con portentos de primor, cual el precioso retablo que en alto relieve sobresale en un muro de la iglesia del Calvario, en que se representa el descenso de la cruz y en que no sólo hay formidable potencia exoresiva y anatomía en el cuerpo exánime de Jesucristo, sino también en el de las figuras adyacentes y preciosos vestidos estofados en la virgen y otros personajes! ¡Renacentista la ejecución bien podía firmarla con orgullo un Donatello!

Ruben GARCIA

Azcapotzalco, México, 1956.

(Especial para EL DIA)





Gauchos, "priendas" y fogones al pie de la carreta, como en los viejos tiempos de la patria artiguista.



Polcas, gatos, malambos y pericones ponen broche final en el patio criollo a una hermosa jornada nativista, plena de vibraciones emocionales. Esto es arte preciado que debemos cuidar y enriquecer.

TRIBUTO A LA NATIVA TRADICION

PASA la caballería gaucha. Apareados y haciendo punta, marchan dos jinetes. Uno es grave, casi ceñudo, de hermosa estampa criolla. Blanca su cabeza, ceñida por una vincha y cabalga hierático como un centauro. Monta un tordillo blanco contenido en las bridas y en su cuello una gran golilla ondea al viento, alba como el poncho, los flecos del chiripá y la bota de potro. El otro jinete va en un colorado entero de gran alzada, de cabeza erguida y ojos llameantes. El sombre-

ro requintado a la nuca y el barbijito corrido en el mentón, sonriente, con el aire audaz y desenvuelto de quien va seguro de sí mismo y tiene conciencia de sus fuerzas. Un gran pañuelo rojo flota sobre sus hombros, confundido con el color del poncho terciado con gallardía.

El tordillo camina de sobrepaso, grave como su dueño. El colorado va atravesándose, casi sin tocar el suelo, ágil, pidiendo camino, y forma con su jinete una figura dinámica

de extraordinaria plasticidad, que contrasta con el andar casi estático de su compañero. Pero los dos marchan juntos, a la par. La golilla blanca ondea tan airosa como la colorada y los dos jinetes, con sus corceles de características tan diferentes como ellos, pero los dos hermosos y fuertes, configuran una estampa de poderoso relieve, real de colorido, como un simbolismo de nuestra tierra.

Detrás de ellos va la columna. Repiquetea los cascos en el asfalto ciudadano, rivalizando pingos y hombres en un torneo de fuerza, destreza y belleza. Viejos gauchos a paso reposado, jóvenes de osado aspecto en potros briosos. Ponchos blancos y celestes, ponchos colorados, golillas como divisas hermanadas, aperos primorosos, lanzas y banderolas. Cada caballo es una pintura, cada jinete una estampa, pero todos van amalgamados por el sello propio de la tierra nativa, por la llama de la tradición gaucha, que brilla en sus ojos y en sus recias figuras de varones.

El conjunto tiene tan gran fuerza expresiva y tal poder de evocación, que las calles ciudadanas parecen esfumarse. Y surge en su lugar, al conjuro de esta caballería maravillosa, la visión del campo nativo, con sus lejanías dominadas por el jinete criollo. Cielo y verde, hondonadas y cuchillas, sierras y llanuras, monte y campo; quietos arroyuelos que corren ocultos entre sauzales y caudalosos ríos desbordados; reses ariscas y potros bravios; yerras, fogones y rodeos, rudas faenas camperas. Amaneceres rutilantes, pesadas siestas y melancólicos atardeceres, con el bordonear bajo de alguna guitarra y la vidalita casi callada rompiendo suavemente la inmensa soledad.

Campo y patria, tradiciones llenas de coraje y gallardía, como expresión del alma pujante de la raza criolla, fundadora de la nacionalidad.

La evocación cobra fuerza y por ella la mirada va hacia el pasado, recorriendo la historia hasta los albores artiguistas. Y es como un conjuro mágico que golpea el corazón y pone emoción en las pupilas.

Porque estos hombres que pasan, no son meros exhibicionistas de un ropaje y de una destreza caballística. Son en su mayoría hombres de ciudad, habituados a las nuevas formas de la vida moderna. Quizá muchos de ellos hace ya tiempo que no ven de cerca las llanuras nativas. Pero en todos, por encima de los nuevos hábitos y las nuevas costumbres lógicas de la vida ciudadana, se conserva muy vivo en los corazones el culto de la tradición. Como fuerza telúrica que viene del ancestro, esa llama arde en sus pechos, y es ella la que se comunica, contagiosa, al pueblo urbano que contempla el paso de la caravana gaucha, y que aplaude emocionado, al encontrar en ella una materialización de la historia y el reflejo de su propia sensibilidad, que ni el tiempo ni el paso de las generaciones ni las mezclas étnicas logran borrar, porque está en la sangre y en la mente, nutrida por la tierra nativa, como un hecho biológico.

Se explica así que hombres de ciudad distanciados en el tiempo y en su diaria actividad del campo y sus costumbres, sientan gozo purísimo en mantenerse fieles a las tradiciones nativas, no en la simple exterioridad del ropaje y de las circunstancias, sino con la fe profunda del creyente que lleva el culto en el corazón y que hace de él un símbolo permanente.



La tradición tiene una manifestación cabal de su pureza en el conjunto folklórico "Los Tupamaros", animadores de las grandes ruedas criollas de la Sociedad Elías Regules.



Los gauchos de Buenos Aires y los cordobeses de Río Cuarto vinieron a tierra uruguay para celebrar juntos con nosotros después de diez años de alejamiento la fiesta del culto nativista.



En el alero gaucha de La Criolla esta pareja evoca viejos romances. Es la escena del cimarrón de despedida "al pie del estribo", simple "hasta luego" o adiós sin regreso en los viejos tiempos guerreros.



Bordonear de guitarras en contrapunto. Puntea don Santiago Roca, tan brillante poeta como ciudadano de serenos principios y límpida ejecutoria.



Un hermano argentino trajo un mensaje fraterno a nuestra Fiesta de la Tradición. don Santiago Roca, con sus venerables ochenta años y su recia estampa de gaucha fuerte y culto, simboliza las mejores virtudes del alma rioplatense.

Por eso es que hay tanta propiedad y expresión natural en esta caballería gaucha que pasa por la ciudad, identificada en un solo latido con la muchedumbre urbana que la saluda, como el alma única de un pueblo.

Esto nos está probando que por encima de apariencias circunstanciales, son ficticias e injustas las diferencias que se quieren establecer entre el campo y la ciudad, las animosidades que se buscan entre uno y otra. Surgido de la entraña misma de la tierra artiguista, formadas sus generaciones con la visión del linaje criollo y nutrido por la savia aborigen, el pueblo oriental, por encima de las corrientes de aluvión europeas, de orígenes étnicos y de distintas formas de vida, sigue siendo felizmente un todo único, con una común sensibilidad que identifica por igual al hombre de la ciudad y del campo en las grandes manifestaciones del alma colectiva, como este culto de la tradición gaucha.

nuestro pensamiento democrático, sintetizado en su inmortal: "Con libertad, ni ofendo ni temo".

Esto explica también por qué para los orientales el culto de la tradición es culto a la libertad, sin la cual no podríamos concebir aquél.

Otros pueblos rinden tributo al nacionalismo desviándolo hacia formas negatorias de la libertad. Para nosotros, la tradición, que es también nacionalismo, bien entendido, es indivisible con nuestra pasión de libertad, tan vieja como nuestra historia y base de nuestra formación espiritual, hecha de humanismo y de universalidad en la defensa de los derechos del hombre.

El culto tradicionalista no encierra así para este pueblo ningún riesgo, y es antes bien, una fuerza moral que debemos cuidar y acre-

centar para defendernos de filosofías foráneas destructoras de la libertad. Conservarnos gauchos en nuestro corazón es fomentar en nuestra mente y en la de nuestros hijos el fuego de la libertad, sin la cual ningún verdadero oriental concibe la vida.

Las divisas blancas y coloradas, entroncadas en la estirpe artiguista, han forjado nuestras generaciones en una escuela de civismo que nada tiene que aprender de doctrinas políticas y filosóficas negatorias de nuestra manera de ser y de sentir. Esas divisas, símbolo de ideas, están como la linfa de nuestros ríos nativos y los recios coronillas de nuestros montes aborígenes, en la esencia de nuestra tradición y esta es una razón más para que la cultivemos y fortalezcamos apartando del camino a intrusos y malas hierbas, si queremos mantener nuestra democracia orgánica.

Y pongamos ahora punto final a esta nota de homenaje a la tradición, recordando las palabras que pronunciara hace unos días al

pie del monumento a Artigas, don Santiago Roca, patriarca del criollismo argentino, venerable en su recia ancianidad de varón noble y fuerte: "Hermanos orientales, ustedes han mantenido el honor de lucir una República que es joya de América por el juego libre de sus instituciones democráticas. Ustedes conservan intacta la pureza de vuestras glorias y tradiciones, sin haber sufrido la vergüenza que el pueblo argentino ha conocido en doce años de tiranía. Ahora nosotros felizmente también somos libres; y gracias también a vuestra inmensa gauchada, hemos recuperado la patria de San Martín. Cuidemos juntos, argentinos y uruguayos, hoy más que nunca, el destino de la libertad; y juremos ante este altar de Artigas, ser fieles custodios de nuestro más preciado acervo moral, que tan bien sintetizado está en la Tradición".

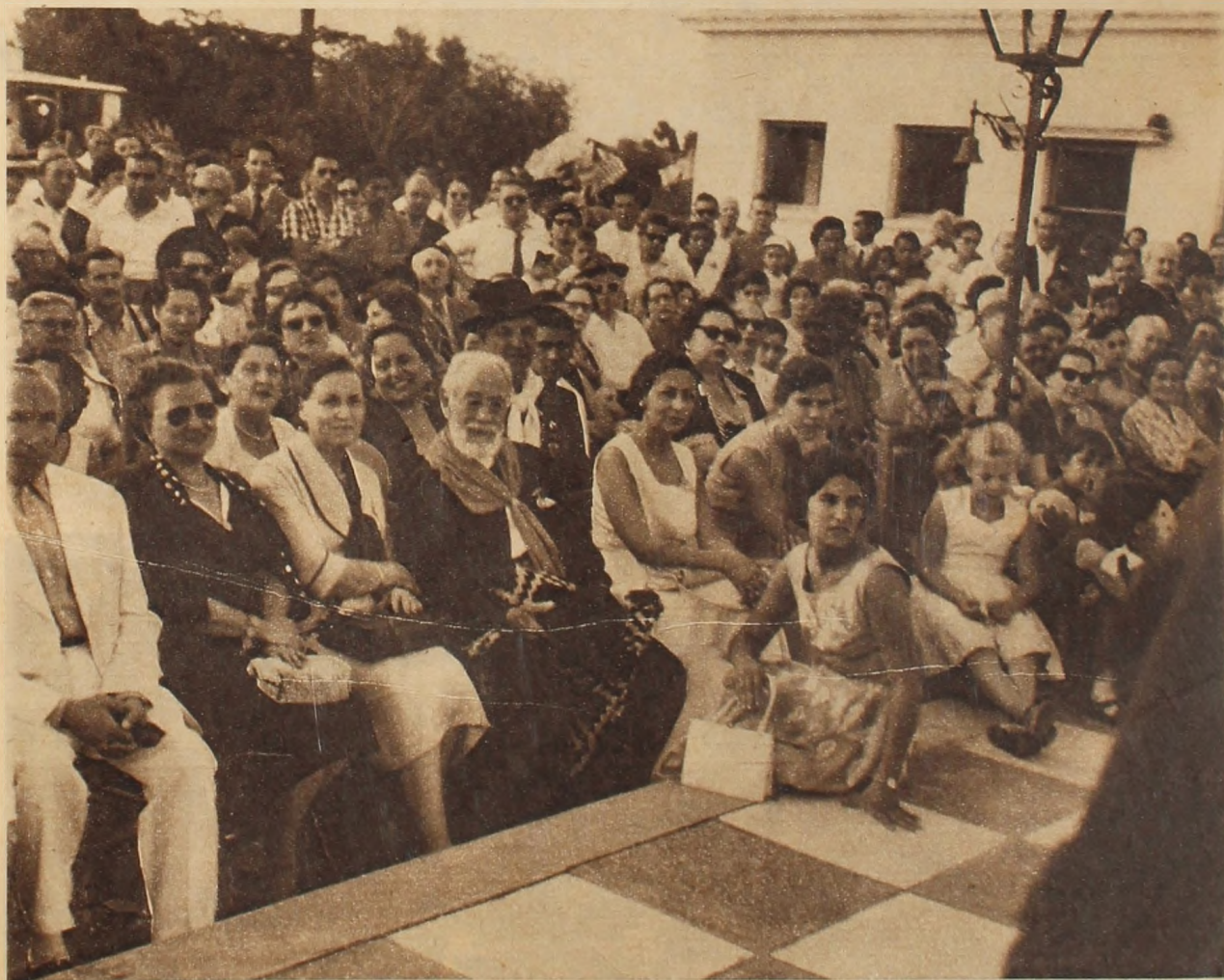
Guadalupe VIDAL

(Especial para EL DIA)

Confúndese esta tradición con Artigas, padre máximo de la nacionalidad y símbolo de ella. Nuestro héroe, con todos sus grandes atributos de estadista y de pensador abanderado de la democracia en la Revolución americana, fue por excelencia un gaucha. Durante cuarenta años, desde su mocedad hasta su exilio, nadie lo igualó en destreza, en experiencia y en conocimientos gauchos. Y así condujo sus jinetes una y mil veces de uno a otro confín de su tierra: desde el Plata al Ibicuy, desde las Misiones a los palmares rochenses, desde la Sierra de Santa Tecla y el Río Pardo hasta el Uruguay y el Atlántico, incansable en el galopar de su corcel libertador, en la victoria o en la derrota.

A través de cientos de leguas, de miles de kilómetros, venciendo la lejanía y la soledad, Artigas y sus montoneras gloriosas escribieron las páginas madres de nuestra tradición nativa, identificándola así con nuestra lucha por la libertad. De sus filas salieron los tenientes que jalaron con su epopeya la consolidación de la nacionalidad oriental haciendo historia a lomo de caballo y a golpes de lanza durante casi cincuenta años. Muchas veces, recorriendo las campiñas platenses hasta lo que fueron los confines primitivos de la patria, allá en las Misiones, el Ibicuy, Santa Tecla y el Santa María, hemos evocado este pasado artiguista y hemos sentido brotar irreprimible la admiración por aquellos centauros maravillosos, que devoraban con sus potros las distancias, batallando de uno a otro confín, incansables y heroicos, vencedores de la inmensidad y llevando por toda guía el ansia de ser libres.

Más de un siglo después, 1950, el año del Centenario Artiguista, vio un florecer de esta vieja tradición. Multiplicáronse las entidades nativistas y se revivieron las viejas hazañas de la caballería gaucha. Y al impulso de nombres evocadores de legendarias náuticas criollas, la vieja llama de la tradición brilló con más fulgor que nunca, en tributo de un pueblo a quien fuera nuestro primer y más grande gaucha, el soldado-ciudadano que con su espada abrió el camino de la nacionalidad y que con su mente y con su corazón nos dio los principios generadores de



Las fiestas nativistas concentran el interés de un pueblo al que la evolución de los tiempos no ha apartado de su vínculo primario con hábitos consustanciados con la nacionalidad



Un labriego de la casa, en plena tarea.

La casa de campo vista desde los cultivos que la circundan.



un complicado arpeggio arquitectónico urbano.

Naturalmente, "Can Alegre de Baix" conoció tiempos mejores. Su fachada ha sufrido mutilaciones impuestas por las exigencias del crecimiento de la ciudad. Sus tierras, antaño libres y dilatadas conteniendo viñedos y extensos cultivos, aparecen hoy día reducidas a la mínima expresión y aprisionadas por calles de gran tránsito y avenidas bulliciosas, pero "Can Alegre de Baix", vive y palpita todavía. Es una auténtica "masia", un pequeño oasis campestre y rural que se resiste a desaparecer y que polariza infinitas miradas nostálgicas y admirativas por su singular pervivencia en el mismo corazón de Barcelona. Una verdadera rareza.

*

Mis cincuenta años de vecindad en el barrio de La Salut me han obligado a ser testigo atento de sus múltiples avatares y, desde mi asiento del tranvía N° 24 (cuando he tenido la fortuna de viajar sentado) he podido seguir el progreso de sus cultivos, el rendimiento de sus cosechas y hasta los ejercicios acuáticos practicados por los moradores de la casa en el estanque de aguas verdes y profundas destinadas al riego de las tierras de labor. Esto último, como es lógico, únicamente durante los calurosos días estivales. Y, os aseguro, sin exageración y completamente en serio, que "Can Alegre de Baix" sigue siendo todavía en la actualidad una "masia".

Una "masia" con todos los "ets i uts", como decimos en vernáculo. Indiferente al trajín vertiginoso de la vida ciudadana. Quizá el único "specimen" totalmente auténtico ofreciendo su innegable pintoresquismo campesino, no como pieza museística, sino en función del fin para el cual fue creado.

Nada le sobra y carece de muchas cosas — numéricamente hablando — hay que confesarlo, pero contiene todas las esencias que caracterizan las casas de campo catalanas donde se vive de los productos de la tierra.

No falta en ella su riachuelo que corre casi invisible entre musgos, juncos, lirios de agua y pequeñas frondas, vitalizando poderosamente unas enormes higueras copudas donde los labradores de la casa duermen dulces y dilatadas siestas cuando el sol ardeja y donde a menudo meriendan concienzudamente degustando el contenido de unas cestas — pequeñas cestas de mimbre de grato

Detalle de los portales de la "masia" situada en el corazón de la ciudad.

Cartas a Tía Mandoca

UNA "MASIA" EN EL CORAZON DE BARCELONA

ESTA "masia" típica de "Can Alegre de Baix", situada entre la Plaza de la Creu, y la cochera de tranvías actual de Barcelona, a pesar de su aparente banalidad arquitectónica, refleja con claridad lo que fue este amable paraje siglos atrás. Es decir, constituye un claro indicio, una milagrosa supervivencia a través de la cual puede crearse un diorama ilusorio retrospectivo de toda la zona comprendida entre la Plaza de Fernando de Lesseps ("Josepets"), Nta. Sra. del Coll, las montañas del Carmelo y las llanuras, un día tan fértiles, de Santa Eulalia de Vilapiscina y San Andrés de Palomar.

La "masia" ha quedado reducida a una simple pieza de muestrario. Así y todo es de un valor inapreciable en nuestros días y es la nota disonante y agradabilísima de

recuerdo — colgadas en las ramas bajas y aseQUIbles de los árboles tutelares. Tampoco la bota repleta de vino del país se halla ausente de estas evocadoras escenas. Aparatosamente se mece al viento típico del Tibidabo colgando de una fina cuerda aunque alejando de la mente del observador toda idea suicida...

Desde la calle próxima, la contemplación de los hombres de "Can Alegre de Baix" agrupados dentro de la luz verdosa que proyectan los árboles, ofrece una estampa bucólica de primer orden al margen de la cronología y del pulso de la ciudad. Y aunque el riachuelo, normalmente, es de una humedad que inclina a la ternura, a veces ve aumentado su caudal irracional de una manera milagrosa y casi alarmante debido a la acción destructora de unas herramientas de trabajo creadas para posibilitar el cultivo de los campos pero que eventualmente provocan la rotura de alguna de las múltiples cañerías y conducciones de la compañía suministradora de agua que profanan la integridad de su castigado subsuelo.

*

La gente de "Can Alegre de Baix" vive de espaldas a la gran ciudad, mejor dicho, ausente de la ciudad y como buenos labriegos que son se hacen los sordos a los ruidos febriles e incesantes que les circundan.

Tranvías, autos, motos, camiones, autocares, verdaderos aludes humanos, rozan las verjas que limitan las tierras de la "masia" indeleble, pero dentro de ella, la vida sigue como en los tiempos de la invasión napoleónica. El reloj de la iglesia de los "Josepets" puede marcar impunemente su hora oficial (cosa que está muy alejada de su habitual actividad pues se ha obstinado en marcar las seis y algunos minutos de propina durante varios años seguidos). No le hacen ningún caso. Ellos "van" con la hora vieja. El sol es quien manda. Todo lo demás son monsergas.

Las edificaciones de la Plaza de de Lesseps que dan la espalda a "Can Alegre de Baix" contienen pequeñas tiendas, diminutas algunas de ellas, ocupadas por activos y tím-

páticos limpiabotas. No busqueis nunca entre sus clientes a los de "Can Alegre". Ellos siempre han calzado, calzan y calzarán alpargatas blancas "de cintas".

—Nosotros vamos "a lo nuestro" — dicen sin afectación.

Ellos saben muy bien lo que se hacen.

No creáis empero que su impermeabilidad a todo lo que signifique progreso sea total. Una tarde que yo pasaba ante el portal de la finca — final del trayecto de los tranvías 20 y 50 — atareado en la búsqueda de un taxi, pude observar que los de la "masia" regaban unas tomateras bastante castigadas por el sol. Estábamos en junio y las tardes eran largas. Uno de la casa con los pies desnudos dentro del agua de un tramo trazado un poco a ojo de buen cubero, puso su azada sobre el hombro y dirigiéndose al compañero que regulaba la salida del contenido del gran depósito, le dijo con una mano puesta en la comisura de sus labios en un gesto característico que involucraba evidentes intenciones megafónicas:

—Manuel, desvíale el agua. ¡Corre! Ve a comprarme el periódico que ya lo están vendiendo aquí en la esquina...

Yo creo que el vecindario de la casa paíral vive encantado en la cercanía de esta reminiscencia campesina y de sus típicos habitantes. Desde los balcones de las casas modernas que ciñen los límites de la "masia" pueden curiosear una manera de vivir que la mayor parte de ellos considera irrisoria pero que atrae sus miradas y a veces les obliga a pensar que quizá sean "ellos" — los de "Can Alegre" — los que tengan razón. Y sus ojos contemplan con envidia — aunque lo disimulen — cómo persiste "inexplicablemente" para ellos un amor a la tierra secular y la práctica de una vida libre de pequeñas miserias y de ridículos convencionalismos.

Desde sus pisitos reducidos, bajos de techo, apretados, aunque "decorados", eso sí, con complicados detalles que los convierten en jaulas "monisimas", captan las voces despreocupadas y vibrantes de unas gentes que no poseen más oro que la pompa aurífera de su pajar, ni más "carrillón" que el canto estridente de unos gallos, ebrios de libertad ante el sol que amanece sobre la gran ciudad que les aprisiona por todas partes...

Un día tuve la suerte de hablar con el dueño de la "masia". Quizá no fuese el propio dueño. Tal vez el arrendatario o "masover" de la finca, pero me habló en el tono con que hablan de una cosa propia las gentes del campo. Es decir, con calma y cierto pesimismo difuso:

—Sí... tenemos agua en la alberca pero... las pasamos negras... Muy negras...

—Escasea siempre, ¿verdad? Es un mal crónico — dije para consolarlo.

—Verá Ud., estos soles de mayo se lo beben todo y las verduras padecen mucho. Andamos mal. Muy mal. Estamos sin blanca...

—Sí, claro. El agua es un elemento indispensable — añadí sin demasiada convicción.

—He determinado hacer un pozo cerca de las higueras. Me costará dinero, claro...

—Yo no lo haría, buen hombre.

—¿No? Mire que es por aquí por donde pasaba la antigua riera de Vallcarca. Es el lugar preciso. Pedro, el pocero, me lo aseguró.

—Es que Ud. no piensa que el subsuelo ha sido perforado. Las cosas ya no son como eran...

—¿Quiere Ud. decir que haré un "bunuelo"?

—Hombre yo no digo tanto. Confieso mi absoluta ignorancia referente a todo lo invisible que tengo bajo la planta de mis pies y no me hace cosquillas... Pero creo, y se lo digo en confianza, que Ud. se expone a que en lugar de extraer del fondo del pozo la materia roja prevista, o sea esta tierra vulgarmente llamada arcilla, no aparezca en el fondo del capazo del minero el rojo prometedor del plato de la gorra del empleado del "metro" de turno. ¿Ha olvidado Ud. que aunque viva tranquilamente en el campo — y que sea por muchos años — los túneles del "Gran Metro" pasan exactamente por debajo de la finca?

Quedó pensativo... A lo lejos, aunque no a más de 50 metros, una voz de falsete, insistente, iba repitiendo:

—¡Veinte iguales para hoy! "¡Veinte iguales para hoy!" (pregón de una lotería popular).

No era una voz excesivamente bucólica, en verdad.

En torno a la vieja "masia" — oasis de silencio, remanso de paz — circulaban precipitadamente muchos vehículos de llantas de goma, tranvías provistos de remolque que chirriaban trágicamente sobre los rieles niquelados por el roce al efectuar el viraje en dirección a la Travessera de Dalt. También los coches de caballos decrépitos de un



La antigua casa de campo oprimida por las altas construcciones modernas.

entierro procedente de la Parroquia vecina... Pasó una interminable fila de niños del colegio, con su peculiar algarabía. Y gente, muchísima gente que salía de la sección de cine del "Roxy" de la esquina y de los "Futbolines" de los alrededores. Y otra multitud estática: los usuarios del clásico 24 — el peor tranvía del mundo — haciendo cola con su pétrea resignación habitual.

La espesa humareda de una parada ambulante de churros y patatas fritas de los alrededores agrisaba el verde esmeralda de los cipreses del patio de la casa de "Can Alegre de Baix".

Mi interlocutor, dubitativo y cauto, pero obligado a forzar el tono de su voz a causa de los ruidos, puso fin al diálogo con unas palabras vagas:

—Sí, sí. Quizá Ud. esté en lo cierto. No había pensado en ello. Mire, lo pensaré... Bueno ya me dispensará, ¿eh? Con su permiso me irá a buscar un poco de hierba para los conejos. Se me hace tarde.

De todos modos esto del pozo creo que no sería ninguna mala idea, digo yo... Y, la verdad, cuando Pedro, el pocero, también lo dice...

Y desapareció en el fondo de un camino perdido entre maizales de considerable altura, con paso calmoso y con un hilo de humo de su cigarrillo liado con papel "Carlets" detrás de su oreja derecha.

Yo me quedé pensando:

"Can Alegre de Baix", la casa de campo única dentro de la gran ciudad, tiene un hombre a tono con la reciedumbre de sus muros. Unos muros que separan dos mundos... ¡Veremos lo que pasa!

Y la cosa quedó así.

Caía la tarde. Los mozos de la "masia" iban encerrando las gallinas en un corral de proporciones evidentemente excesivas. La mancha amarilla del delantal de una muchacha rubia en el confín opuesto de los cam-

pos labrados aparecía grávida de hortalizas recién cosechadas. Dos cachorros correteaban cerca del lavadero que contenía un agua muy azulada. Y el parque de atracciones, bullicioso y ya totalmente iluminado, situado frente a la "masia", dejaba oír la música machacona de un cuplet de Conchita Piquer proyectada por los altavoces de los "carroussels" infatigables...

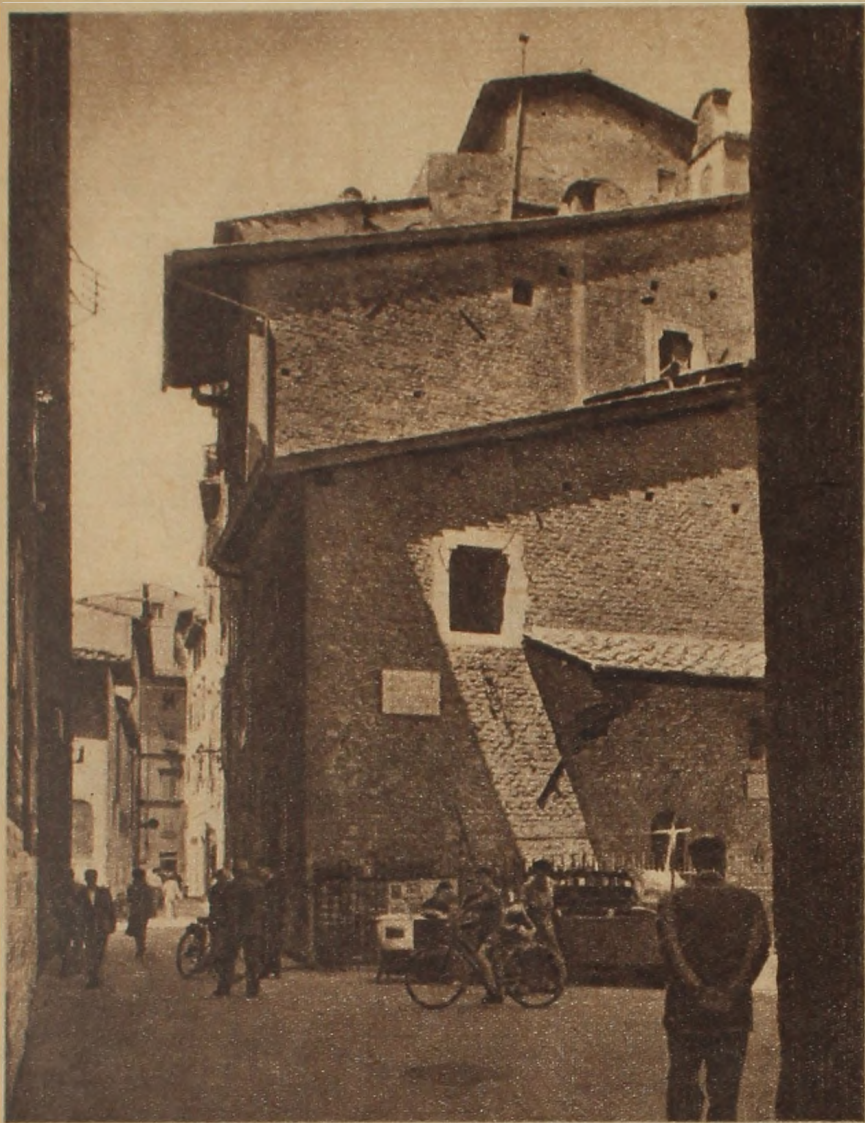
Una gran multitud se agolpaba frente a las barracas de la feria...

Pero la "masia" de "Can Alegre de Baix", la casa de campo situada en el corazón de Barcelona, indiferente, iba cerrando con litúrgica parsimonia las ventanas del piso más alto de la casa, porque la noche, una noche falsamente rural, se acercaba...

Barcelona, marzo, 1956.

Carlos SINDREU

(Especial para EL DIA)



Este toscano edificio de Florencia, conservado todavía, es la casa de Dante.

CUANDO Giotto nace en Florencia (en 1266), un miniaturista francés llenaba de expresivas y elegantes figurillas el "Salterio de San Luis". Y es una obra maestra este salterio. Y le sirve, y le basta, al genial miniaturista para probar, a la vez, refinamiento y grandeza en el reducido espacio de las páginas de un libro. La genialidad de Giotto está en los inmensos frescos que cubren muros enteros en las iglesias de

Italia. Lo minúsculo del uno, las extensiones del otro, ¿son fórmula de un arte propio, o resultancia concreta de las dos soluciones decisivas que a la arquitectura dieron, desde luego al mismo tiempo, italianos y franceses? Pues lo propio de Francia es lo gótico puro, floración de elevados ventanales, sublime ligereza de lo aéreo, columnas, ojivas, carencia de muros. Y en Italia, lo gótico deja el arco cortado no

ENTRE DANTE Y LOS FRESCOS FLOR

más, el crucero de ojivas, y quedan los muros inmensos del románico, desnudos y libres, desafío y envite al pintor. Y con esa desaparición del muro, ocurre que en Francia florecen la vidriera, el tapiz, la miniatura. E igualmente en Inglaterra, país de catedrales góticas. Mientras en Italia surgen, ante el muro desnudo y desafiante, los grandes fresquistas florentinos. ¿Cómo puede pasar indiferente una tan singular coincidencia? ¿Dónde iba a emplearse, en ese tiempo, de arte esencialmente religioso, el genio francés de la pintura, si ya la catedral era tan sólo columnas, ventanales y vacío? Y ¿podía quedar desnudo el muro en las grandes catedrales italianas, cuando la escuela italiana de pintura paría el genio de Giotto?

No empieza el fresco con Giotto. Desde luego, Cimabué es un "ante", por ejemplo. Y en Florencia también, al pasar del mosaico bizantino a ser dútil y libre fresquista. Pero el aporte personal de Giotto consiste, sin romper con bastantes convenciones anteriores, en la fuerte introducción en la pintura de una simple concepción de la grandeza, de expresiones patéticas hasta entonces ignoradas en su arte, y del sobrio equilibrio de lo que es espiritual y lo sensible, de lo que es naturaleza y pensamiento, ideales eternos del arte.

¿De dónde le viene, sin embargo, a Giotto, indolente personaje conocido en la docta Florencia de su tiempo, ese "saber" dominante en su pintura, más allá de los valores plásticos? Mientras Giotto creaba realmente la pintura italiana de su tiempo, y también para tiempos después, otro personaje, el docto, creaba la poesía. Y llamábase El Dante. Y fueron compañeros de camino. Les unió la amistad inseparable. En Florencia y en Padua, en Verona, en Ferrara y en Rávena... Hasta el extremo máximo: que siguiese el pintor al poeta exilado. ¡Lo que tienen los frescos de Giotto de profundos acentos del Dante!

En Florencia, quien trepa la escalera pina y franquea la logia del Bargello descubre en seguida, en la capilla llamada del Podestá, el fresco del "Paraíso". Un fresco genial de Giotto. Y es una visión de ensueño, de irrealidad, de magia, la de esta imagen giottesca. Un coro de angelotes mofletudos vela, en un primer plano de nimbos, la tormenta espiritual del Dante. Homenaje del pintor indolente al poeta "que no está en el mundo". Y también, del Dante a Giotto, el terceto polémico y famoso: "Credette Cimabúe nella pittura

"Tener lo campo ed ora ha Giotto il grido. "Si che la fama di colui oscura".

(Creía Cimabúe conducir la falange de los pintores, pero los sufragios todos son ahora

para Giotto, y el renombre del primero se oscurece).

Y ocurre que comparten Dante y Giotto la iniciativa del "estilo nuevo". Imaginativos ambos, y común la manera de expresarse, conjuntamente comienzan la era de las grandes creaciones florentinas. E italianas también, ¿por qué no? La vida del peador, atormentada, inquietante, domina las obsesiones de estos grandes visionarios substantivos: la muerte y el descenso a los infiernos, la entrada en el paraíso, el tránsito fugaz del purgatorio, después del feroz combate de Vicios y de Virtudes, doble símbolo constante de la carne y del espíritu.

¿Para "ver" a Florencia y comprenderla? Hay que entrar en Toscana (aún hoy) llevados de la mano por el Dante. El viajero de Grecia, por ejemplo, será más receptible previamente impregnado de "Odisea" y de "Iliada" que de toda "enseñanza" de tratado o de guía. De "Divina Comedia", en Toscana. Más abierto el espíritu, la emoción más alerta; y también los sentidos. "Limitado, el espíritu —escribía ya el Dante— sabe más concebir que expresar". Y aún el terceto lustral de "El Paraíso": "O cuanto es corto el dire...". (¡Qué corta y limitada es la palabra ante la gran inmensidad de la visión!).

La sensible Florencia se orientó hacia la línea, como encierra "su mundo" en el fondo de una copa de barro el dibujante etrusco, nolo va florentino; como un vaso griego (otro polo), la cratera de vida encierra en el fondo de una tumba el humano arabesco. El Dante, por la mano de Giotto, llenó de humanidad aquella línea, sin romper su curvatura espiritual.

Impregnado todavía del perfume de la tierra, sale el arte realmente de las sombras medioevales. Formas de expresión más fáciles fueron envolviendo luego esa imagen de la gleba en pensamientos distintos que perdieron su rudeza original. Giotto la conserva todavía. Como la conserva El Dante. Y también la nobleza de Giotto es la nobleza dantesca.

Este Dante del fresco giottesco vive del secreto de ese viaje (al infierno, a la gloria), audacia ilimitada de poeta bañado en teología. Y la visión trascendente del "extramundo" dantesco brilla con destellos de diamante en la roca primitiva de la mina. ¡Lo que sugiere este fresco! Traducir sentimientos en figuras es lo esencial, y lo propio, del poeta, mientras la raíz del alma es lo esencial del dibujo. Y la pintura nacia de un esfuerzo de la pura inteligencia afirmando su medida por el neto modelado de la forma y el poder expresivo de la imagen, conjunción del lenguaje y de la plástica. Convencional, si se quiere, la escritura es



Por ruda escalera pina, se sube a la logia del Bargello.



El asombro, la ingenuidad, el espanto, en el fresco de Santa Croce, de Florencia.

GIOTTO: FLORENTINOS

Y el dibujo, escritura directa. Los elementos en la mano, en idéntica forma, pintor y el poeta florentinos hicieron a Dios al mismo tiempo. Por la transparencia de las palabras, el uno por la elocuencia, el otro, de la palabra delada. Lo que Giotto proyectaba en el muro era materia viviente, sin confusión, y era aún, al mismo tiempo, la fantasía creante de la "Divina Comedia".

En el camino del fresco, Giotto en medio? El fresco romano se prolonga en la era primitiva. "El rapto de Io" se encuentra en la loma romana - palatina (en la Livia). Se conserva el dionisiaco en la villa ejemplar de los Miseneos hay en las catacumbas. Del siglo XV los grandes florentinos los frescos inalterables. Los tonos de Siena, los amarillos de Nápoles, son a la cal viva. Y el polvo sutil del aire acrece la espiritualidad de una forma de elementos terrestres, al parecer, Al secarse el muro luego, la flor aparece: pintura, decorado. y

otra técnica monumental hubiese. Giotto la frescura del contorno a gracia y la rudeza, al mismo tiempo nada de sensual, ni de opulencia. Aquella reacción del muro, la mancha, asegura el tono ingenuo de la visión de Fra Angélico. Se vendrá en seguida, con duro pincel (que irá ablandándose luego) y descubrimiento: la espacial profunda frescura.

El singular fenómeno. Cuando los frescos de los palacios romanos se representan épicas, un fenómeno aparece. Y es el primer teórico del fenómeno singular consiste en que este fenómeno recomienda el estudio de lo vivo, la vida por la puerta de todo lo natural que ha de ser la pintura!

El único dispendioso vino a reemplazarlo, hasta ser un buen día destruido por un humilde soporte de madera. Desde 1550, seducidos por la técnica de pintar al aceite sobre elementos de tela, los pintores las murallas y el fresco. Masaccio y de Fra Angélico, Miguel Angel, define el fresco como sólo arte viril, a las mujeres "el derecho de la vida" sobre elementos de tela". Miguel Angel "muere" el fresco.

J. B. TOLEDO

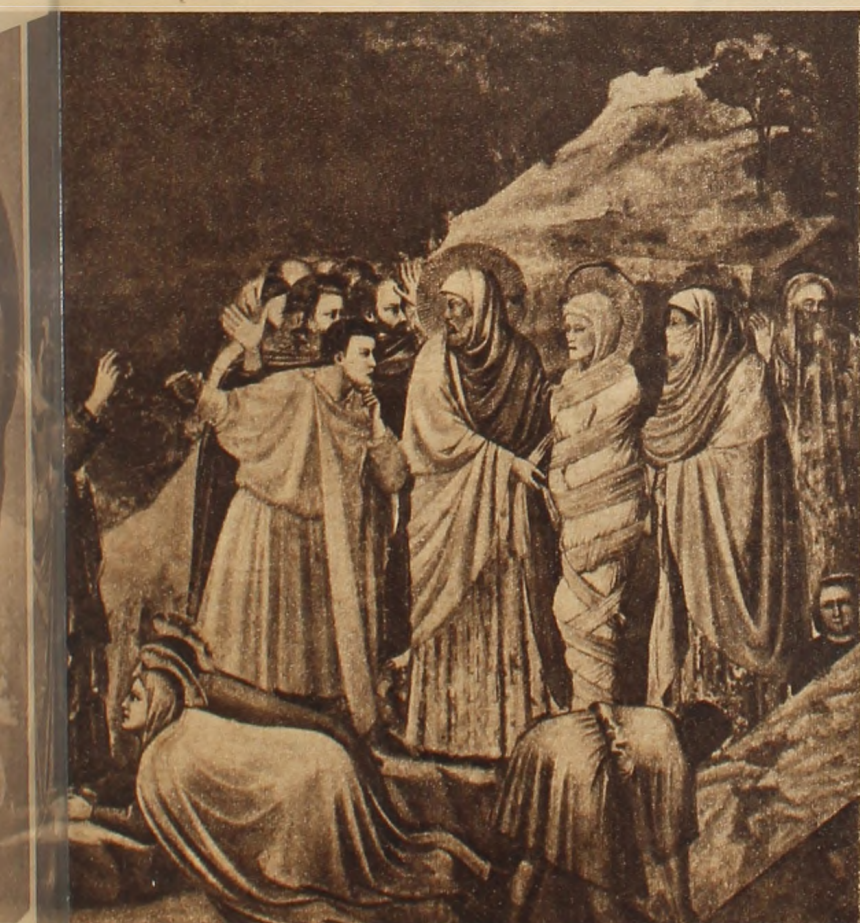
1956 (Especial para EL DÍA)



El retrato de Dante (detalle del fresco de Giotto). Ninguna relación ni semejanza con tantos otros y diversos Dante de la pintura italiana.

"La resurrección de Lázaro", o el dibujo escritura directa, lo simple y lo patético del fresco en la capilla de la Arena.

La ruda expresión de Giotto, en "El beso de Judas".





La moderna Jerusalén. (Fotografías del Dr. Félix Reineger, especiales para EL DÍA).

SI la historia es dinámica, no parece que la geografía sea tan estática como se ha dicho. Aparte de la rotación de la tierra y de las indudables revoluciones geológicas, ha sido la historia, por su tormentoso contenido de ambiciosa política, la que determinó los mayores cambios en las ciudades y los campos, y puso estrechez en las fronteras, torciendo el rumbo de los caminos por los cuales se orientaban los hombres en busca de su destino. Pero si tales razones a las que habría que llamar genéricamente históricas, obraron en la fisonomía de los pueblos, hay otras, éstas sí ya de vitales impulsos, que se traducen en agraciada población que florece sobre una colina en antes yerma, o que levantan las nuevas

torres multitudinarias para el albergue de los seres que de otro modo irían a la lucha para respirar y yacer, guerra de tan viejos antecedentes como la entablada entre curus y pandavas, que se narra en los primeros poemas indostánicos.

Pocas ciudades en el mundo serán las que conserven su rostro intacto, sus terrones de la primicia, los inalterables perfiles de su formación original, ya fuese por la resistencia pétrea o por obra de restauraciones para detener la gravitación e ir reponiendo los módulos que el tiempo desmoona. Pocas ciudades así precavidas e inmunes. Toledo, con su laberinto de callejas por las cuales parecen discurrir aún el judío y el árabe. Avila, que se muestra como into-

se quedaron disecadas las acciones del final...

Pero la suerte de otras ciudades no pudo contenerse en tan raras preservaciones. Y entre aquéllas, hay las que se transformaron y elevaron, las que crecieron venciendo la eológica antigüedad de sus aledaños, y la que, cediendo a las necesidades contemporáneas, supieron conservar viejos lugares: piedras miliarias, columnas en cuya truncatura reside la gloria mítica de lo inacabado o la activa memoria de lo que fue destruido, sin que la furia de las invasiones o de los terremotos, llegara hasta sus cimientos que son las raíces de la arquitectura, por las que todos los seres de la tierra y no sólo los árboles, se afirman a mudo, siendo grande verdad la de que el hombre, cuando maduro, suele tener las raíces soterradas en el polvo que arroja a sus muertos amados, o en lo profundo que se agita la frustrada procesión de sus sueños.

La milenaria Israel mantiene para perdurar, aquel ambiente bíblico que la penetra y la moldea, aún cuando florezca verdadera modernidad en las ciudades que integran aquel joven Estado, nuevo para las consideraciones del organismo político que lo rige, pero de tan añejas raíces, prendidas con justeza de versículos en los libros mosaicos del Pentateuco; en la premonición de los profetas; en la melodía de los cantos; en la fuerza amorosa del Cantar; en la palabra de hombre con la que Job acoge a Dios e interroga a la enemiga; en la piedad de los evangelios; en la futura borrasca del Apocalipsis.

De un Israel con memoria e imaginación, porque sabe guardarse, pero también construirse para los nuevos tiempos, trata J

ISRAEL DE PERFIL

cada dentro de sus murallas, y que por leve y esencial al propio tiempo, puede sugerir la imagen de una piedra celeste. Brujas, quizá, llamada la muerta, pero cuya vida se ha detenido más bien para dictar las páginas de una biografía reposada que tuviera el ritmo del agua que no se riza y adquiere gravedades de espejo para reflejar el quieto paisaje. La Pompeya sumergida en la que

lián Pumarabín en las trece crónicas de Israel visto de perfil.

Invitado por el Gobierno de Israel fue ver cómo se organiza "una pequeña nación democrática en el legendario Oriente medio". De tal visita han salido estos relatos breves que nos ofrecen una visión de la república israelí. No cede mucho ante las evocaciones, allí de tan abundante prestigio



GLUCK EN EL CLAVECIN

JOSEPH-SIFFRID DUPLESSIS



Un Sanhedrin cerca de Jerusalén.



Jerusalén: Tumba de Theodoro Herzl, prócer de la libertad israelita.

su perfil, más bien presentista, destaca rasgos contemporáneos, pero esto no basta para que su pensamiento vuele hacia los tiempos bíblicos, frente a la llegada de los primeros estudiantes birmanos que llegaron a esa costa mediterránea semillas y frutos nuevos, como ofrenda de amistad, que se detenga en el Monte Carmelo, hoy monumento a la comodidad y al descanso", sembrada de residencias y hoteles y jardines, "que la cubren desde la falda a la cumbre", para recordar que en tal montaña la Viña del Señor, protagonizó Elías su drama frente a los sacerdotes de Baal, o discurriendo por la antigua ciudad de Jafet, estable refugio de artistas y pintores repatriados, hasta por la inmediata asociación del nombre, que fue fundada por Jafet, hijo de Noé.

Pero, por más de perfil que parecieran esas anotaciones, no se queden en la superficie y dejan traslucir, en el fondo de sus cuadros, la actividad de los israelitas. A la distancia se dibujarán, para la memoria de los tiempos, los pueblos patriarcales; los de los campesinos y labradores en cuyas almas simples alentaba chispa bíblica; los de la costa, lamidos por aguas mediterráneas, en donde pescadores sin letra antecedían a los poetas, con una palabra como transfundida, habrían después sobre la sencilla elocuencia de los evangelios... Mas, en este viaje reciente, lo que resalta es el trabajo de los campos restituídos y el afán de levantar la ciudad ya más estable, sobre esos terrenos de infertilidad que se vence con el agua y el sudor, con el sudor adánico.

Con la excepción de la zona Norte — es decir, Púmarabín — podría decirse que Israel es un país hecho a mano, sacado de la nada, o peor aún, de la inhospitalaria y desértica aridez de una tierra condenada al olvido. Galilea es distinta. La región sumamente montañosa, cuenta con agua, un mar interior, el Lago Tiberíades, y una tupida colonización agrícola que es el orgullo de los pioneros judíos.

El cronista, desde el hotel sobre el Monte Carmel, domina el panorama de los pueblos de Galilea, el paisaje de Safad y parte del Lago Tiberíades. Admira su red de caminos excelentes que cruzan entre las montañas y van en busca de aldeas y colonias agrícolas.

Safad pone ante su remembranza la historia de los sefarditas españoles, y cuando mira el "verde valle" del Emir y asciende hacia Jerusalén, parecele que va a entrar en un pueblo español o hispanoamericano, porque ha visto "cúpulas de iglesias y siluetas de monasterios, todo ello hilvanado con la puntada recia de los cipreses".

En Haifa se trabaja en fábricas y muebles. Y su alcalde, vistiendo los contornos de espaciosos jardines, o poniéndolos en la ciudad a modo de pulmones benéficos, adelanta de la "política verde".

En la vieja Cesárea, hace mucho tiempo "torbellino indefinido" y a la presente buena zona agrícola, encuentra al andaluz Antonio que dice "haberlo perdido todo menos el punto", con su transformada voluntad para el trabajo y su nostalgia de lares de aceitunas y parrales: "Si al menos tuviera de ver viniyo. Pero a vese me conformo con el punto, que no es mala der tío...".

El Aviv o Colina de la Primavera, le parece una ciudad hecha a la medida. Gusta de su simetría, de su armonía, de su marcha en cordialidad y progreso. La ciudad bulliciosa pero sin ruidos, dando el acierto de una aparente paradoja. Y evoca a las ciudades que se la asemejan, y le hablamos, tácitamente, de su cosmopolitismo, o para justificar el fondo común a la naturaleza: "Por el día podría encontrarse parecido con Barcelona o Marsella; de noche recuerda a Madrid o a Buenos Aires en verano. Los cafés se desborran por las aceras y terrazas y la gente a las horas tomando refrescos y cerveza conversando sobre lo divino y lo humano".

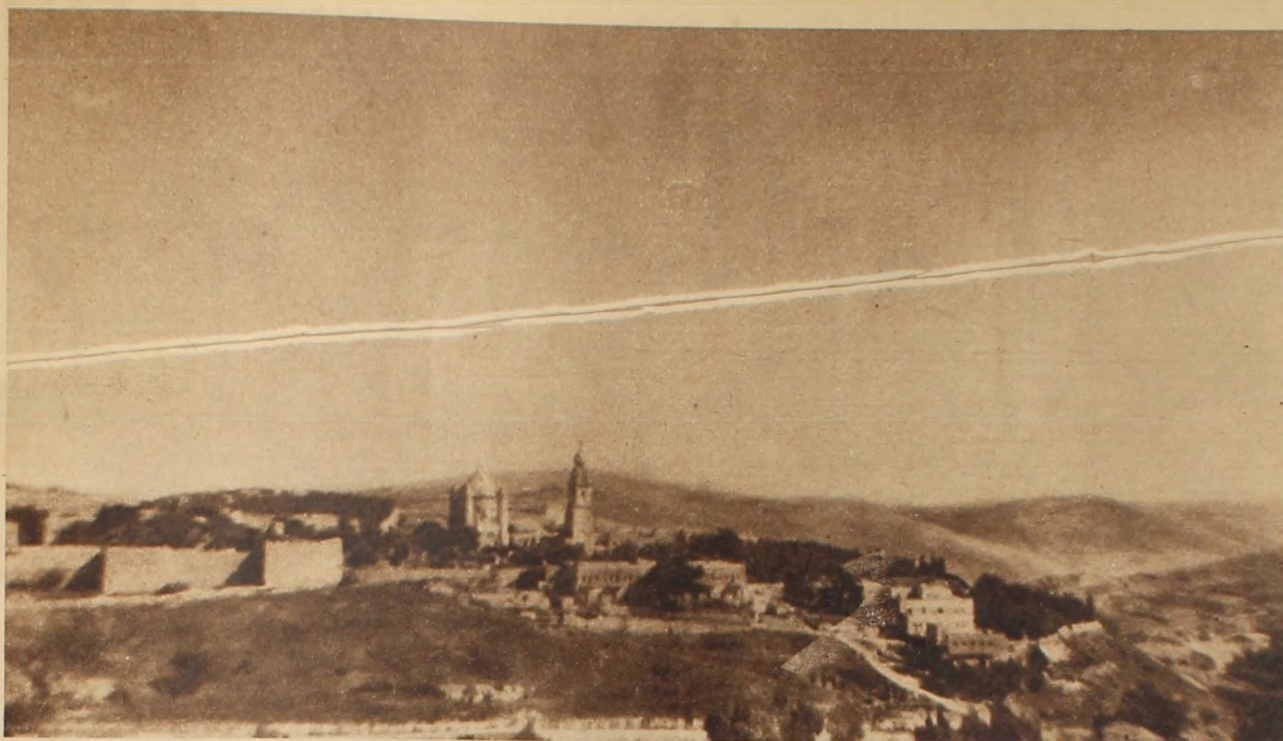
En Neguev, la presencia de gauchos y hasta el arribo, a tal escenario, de quien reedita las maneras de un gitano del viejo Monte y dice tiradas de versos de Alicia Lorca y León Felipe. Repasa entre los beduinos, y llega a la capital del desierto.

Jerusalén es una ciudad nueva, pero en ella vagan las sombras seculares, y trabaja, a las palabras del cronista, como si se dedicase a la construcción del tercer templo, pero éste, para ir con el siglo, es el de las carreteras, ferrocarriles, hospitales, asilos, la nueva Universidad y barrios para la gente moderna.

En tierras de tiempo bíblico, de coherencia con las escrituras, a cuyo abrigo el actual ministro de la República Dominicana, se dedica a comprobar "la exactitud de los paisajes descritos imaginariamente por Gabriel García Márquez, frente al original, si cabe más brillante todavía", como en prueba de lo que aquellos campos, que no han perdido su colorido, dictaron, adivinadamente, a un magnífico prosista.

Augusto ARIAS

(Especial para EL DIA)



La torre de David, en la frontera entre Israel y los árabes



Campos hierosimilanos por donde cruzan las nuevas carreteras



Israel. La fortaleza de Akko, en el Norte Mediterráneo, histórica por su resistencia a las invasiones napoleónicas.



Colocación de la piedra fundamental de la Biblioteca "Batlle y Ordoñez", en Piedras Blancas, homenaje al estadista fundador de nuestro Partido. El Ministro de Instrucción Pública, Sr. Renán Rodríguez, procede a colocar la piedra fundamental.

Un precioso cutis
bronceado
en 5 segundos!



con
Angel Face
DE POND'S
en sus nuevos tonos para verano
Tostado y Cobrizo



**Nuevo Estuche
Blue Plastic**

Pida Angel Face en su nuevo estuche Blue Plastic a \$ 4.50 o en el popular Estuche Metálico a \$ 3.— siempre con su cisme.

Angel Face, el inimitable maquillaje completo, anuncia dos elegantes primicias para 1956:

Sus nuevos matices de verano, con toda la cálida intensidad del bronceado de sol: Tostado y Cobrizo.

Su flamante estuche Blue Plastic en un lindo tono azul pastel -económico, coqueto y práctico. ¡Véalo!

Además, recuerde que Angel Face, gracias a su contenido de finos Aceites Pulverizados

Jamás seca el cutis!

Hay 8 modernos tonos a elegir: Rubio - Nacarado - Rosado - Moreno - Bronceado - Gilano - Tostado y Cobrizo.

INFORMACION GRAFICA



Estrado que presidió la ceremonia, alta manifestación de civismo democrático y de fe en los ideales batllistas.



Un aspecto de la concurrencia a la hermosa fiesta cívica realizada en Piedras Blancas en homenaje al Sr. Batlle y Ordoñez.



Marinos del "Jallao" rindieron homenaje a Artigas, rindiendo honores la dotación del submarino y una compañía de marinería uruguaya. Asistió a la ceremonia el Embajador de EE.UU., Sr. Depster Mc Intosh.



Celebróse el "Día de la Aeronáutica" en el Aeropuerto de Carrasco, con asistencia del Presidente del Consejo Nacional, Dr. Zubiria.



Recepción y comida ofrecida por la Sección Uruguaya del Consejo Internacional de Comercio y Producción, al Secretario General de la O.E.A., Dr. José A. Mora.



Sra. CARMEN CUESTAS DE NERY, figura femenina de relevante actuación social, ampliamente bondadosa que se manifestó en la beneficencia, organizando y desarrollando organismos como el Instituto Nacional de Ciegos, la Escuela de Nurses y Liga Uruguaya contra la Tuberculosis, personalidad de excepción por sus talentos y sus virtudes, cuyo fallecimiento ha constituido un duelo nacional.



El escritor argentino Martínez Estrada, que ha sido grato huésped de Montevideo, dictó una conferencia en el Ateneo enfocando la candente realidad de la Argentina.



Inauguración del pabellón de "Pluna" en la Exposición Nacional de la Producción, y a la izquierda el Cnel. Eusebio Vaeza, del directorio de Pluna, el Ministro de Industrias, Sr. Moreno, y el Dr. Grauert.

RITMO DE TIEMPO EN AMERICA: LA HORA CERO

ES expresión corriente denominar a América, el Nuevo Continente, lo que traduce para la generalidad, no sólo la juventud de extensas regiones incorporadas a la dinámica del mundo, sino que expresión de lo reciente, en sus tierras y aguas, valles y montañas, hombres y culturas.

La configuración exterior del globo terráqueo, el relieve de su superficie que diseña continentes y mares, sufrió a través del tiempo —medido en miles de siglos— infinitas transformaciones bajo la acción de poderosas fuerzas geotectónicas, hundiéndose tierras, provocando el acceso de los mares, levantando en brutal empuje montañas y cordilleras, modelando los valles con las invasiones de grandes masas de hielo —época glacial— fragmentando los continentes y estableciendo las edades geológicas, que los sabios pueden leer y descifrar en el mudo libro de las sucesivas capas de roca y tierra, que aprisionan como signos distintivos de su vida en el tiempo, fósiles animales o vegetales, armas y utensilios, primeras expresiones de la vida del hombre.

América sufrió todas las violentas contingencias de su modelado y de su configuración, y fue en épocas pretéritas vastos continentes —junto a la Patagonia— parte de la América del Sur estaba unida al Viejo Mundo, mares eran las cuencas del Plata y del Amazonas, y otros tantos Continentes y Archipiélagos, ocupaban la zona de América del Norte.

Muchas veces sus tierras desaparecieron en las turbulentas aguas, y emergieron de nuevo, se fragmentaron en islas o se soldaron en la fragua de sus volcanes, sus montañas fueron simples islas en vastos océanos, o picachos inaccesibles en extensos territorios, se plegaron violentamente los mantos de las rocas y fueron lanzadas a lo alto, con broncos ruidos, estremecimiento y humo, para formar nuevas montañas y cordilleras, que estabilizaron su configuración geográfica como un marco, donde se diseñaron extensas llanuras, en la cuenca del Mississippi en el Norte, en la cuenca del Orinoco en el Centro, en la cuenca del Plata al Sur, caudalosos ríos como el Amazonas, Missouri, San Lorenzo, Paraná, volcanes que culminaron en el Chimborazo y Cotopaxi, extensos bosques en la zona ecuatorial, desiertos y praderas extendidos de Norte a Sur, desde el Ártico al Antártico en más de quince mil kilómetros, que encierran todos los climas, la flora y la fauna de todas las latitudes, metales y piedras preciosas, carbón y petróleo, la roca primitiva del granito, como base inmovible de su permanencia.

Alcanzó la forma del actual equilibrio, al principio del período cuaternario, cuando aparece el Mamuth, desde entonces prosiguió su intensa vida de modelado, levantando

tierras y hundiéndose costas, pero sin afectar sus formas generales ni su estabilidad geográfica.

Pero cuando América consiguió en el Cuaternario su configuración actual como Continente, el Sahara era todavía un mar, África estaba unida a España a través de Marruecos y el Mar Negro se comunicaba con el Caspio, y entonces aparece la primera paradoja de América —que denominándose el Nuevo Continente— es geológicamente el más viejo Continente.

Y si es geológicamente el más Viejo Continente, sus hombres primitivos, su cultura y su arte, conocen procesos milenarios, que permanecen hasta ahora como inescrutables para nuestro conocimiento.

Lo cierto es que los hallazgos arqueológicos, permiten localizar al Hombre en América, en el período prehistórico, y la Edad de Piedra aparece señalada con idénticos caracteres, que las señaladas en Europa, sólo que sustituyendo el sílex por el granito, para formar puntas de lanzas, con que el hombre enfrentaba al oso de las cavernas.

En América no se presentan caracteres definidos en el pasaje de la Prehistoria a la Historia, pero existe la certeza de la existencia de una raza autóctona en el Viejo Continente de América, localizada en el Anahuca (América Central y Perú), como centro de irradiación de todas las razas de América, apenas interferidas por accesos esporádicos y de escasa importancia de poblaciones de otros Continentes o islas, que perdieron sus perfiles y caracteres en las nuevas tierras, y se confundieron con sus primitivos habitantes.

América quizá fue la cuna del hombre primitivo, y su gran centro de irradiación, y de su evolución puede establecerse que mientras en otros continentes se vivía la época de Piedra, ya América conocía los perfiles de grandes ciudades y grandiosos monumentos, abonados por las pirámides ricas en cerámicas que se encuentran en América Central, los fabulosos palacios de Copán y Tiahuanaco —contemporáneos por lo menos con las grandes pirámides de Egipto— y que en el siglo XV ya constituían verdaderas ruinas, sobre las que se asentaban pueblos extraños a aquellas obras, que ni siquiera podían descifrar las inscripciones, ni revelar los mitos que marcan un oscuro tiempo en América.

Tal la situación de los Imperios del Inca y del Azteca, sucesores remotos de los Nahuas, de predominio al Norte, o de los Mayas en América Central, cuyas distintas razas formaron el fabuloso Imperio de Xibabla.

¿Cómo fue el Hombre de aquella civilización? ¿Cuál fue su dinámica, y las revoluciones que se originaron para causar su destrucción?

Cuando a fines del siglo XV, aparece el conquistador español, apenas recoge las versiones de una oscura y compleja tradición histórica —que no comprendió ni trató de descifrar— inutilizando o destruyendo en aras de un desenfrenado afán de riquezas, y de un cerrado fanatismo religioso, los pocos documentos que podían haber rasgado el velo, que cubre la historia primitiva del Nuevo Mundo.

Y si en Europa la destrucción del Imperio Romano —por las hordas bárbaras— originó el establecimiento de nuevas nacionalidades y el límite de dos épocas, es posible que en América haya ocurrido un proceso similar, con la aparición de nuevas razas de indios, que destruyendo la antigua y esplendente cultura vinieron después de algunos siglos de anarquía y perturbaciones, a formar nuevas nacionalidades, apoyadas en sus ruinas, y ya carentes de los atributos y caracteres de los primitivos habitantes.

Tal sería la civilización del Inca y del Azteca, que el español encuentra en América, con todos los signos decadentes de debilidad, a cuyo amparo se forjó las más inauditas empresas de audacia y de valor, emprendidas por algunos cientos de fuertes varones, con Pizarro, Hernán Cortés, Alvarado y Ayolas, y a cuyo empuje cayeron poderosos imperios y altos emperadores, cuyos descendientes directos, todavía vegetan desorientados en las altas cumbres y valles de América.

De ahí que inexcrutable el pasado precolombiano, la Historia de América comience con la Conquista, en el siglo XV, y nos conformemos entonces con lo de Nuevo Continente, porque recién entonces lo descubrieron los del Viejo Continente, y enfoquemos en ritmo del tiempo en América, desde ese instante, haciendo desfilar hombres y sucesos para dibujar una realidad política, social y económica, que se transforma en la época actual en el centro del Mundo, por su potencial, por sus ideales, por su cultura.

Pero para estudiar y valorar esa realidad, de un continente que posee la mayor ciudad del Mundo —Nueva York— las más grandes industrias de la Tierra en el Valle Industrial de Norte América y el mayor desarrollo de la energía atómica, junto a las más grandes posibilidades de la cultura y el arte, es necesario situar a América en el tiempo y definirla como el más Viejo Continente y asiento del hombre primitivo, con la más esplendente civilización que se presenta en los confines de la Historia y que resurge a la vida moderna, como un reencuentro de su viejo cauce y de su luminoso destino.

Viejo Continente; hombre y cultura más antigua; fundamento del Nuevo Continente y del hombre y cultura del futuro.

Entonces la paradoja es lógica secuencia y armónica estructura.



Magnífica estela maya, de las ruinas de Copán, en Honduras. Civilización Pre-Colombiana.

Solo que entre aquel pasado esplendente perdido —que se manifiesta en las expresiones monumentales del Yucatán, en las ruinas de Copán, en los monumentos de los Mayas de Chichén, el Templo del Sol en Cuzco, con que atesoran una notable civilización— y por otro lado, el portentoso desarrollo actual de América, existe el estado regresivo que encontró la Conquista, agravado y envilecido por el sojuzgamiento económico, político y social, con que el Conquistador marcó su heroica ruta, por las tierras del Nuevo Mundo.

Y aquella hora cero que significa la conquista en la Historia de América, sigue siendo todavía hora cero para grandes masas de Indios, que ausentes del progreso de América, marchan silenciosos como sombras por los senderos de las cordilleras y de los valles, en las dolorosas notas de la quena, ajenos al paisaje, indiferentes al progreso.

Ing. JOSE L. BUZZETTI

(Especial para EL DIA)

Cerámica Pre-Colombiana de la civilización de Caracas.



Muro en el paisaje incaico, de la fortaleza de Sacsay-Huaman, en Cuzco, capital del Imperio Inca.



Tarzan

por **EDGAR RICE BURROUGHS**

TARZAN FUE INFORMADO POR SIR ROGER DE QUE EL MISTERIOSO CABALLERO ROJO ERA UN TRAIOR A ALBERTO, EL REY DEL VALLE.



EL HOMBRE-MONO SE ENCENDIÓ. EL CABALLERO ROJO TAMBIÉN EL SINTIÓ DESEOS DE VENGANZA SOBRE EL ARROGANTE ESPADACHÍN.

ASÍ FUE QUE RÁPIDAMENTE, EL HOMBRE-MONO MONTÓ DETRÁS DEL CABALLERO. "PELEA RE A TU LADO... TU ENEMIGO ES TAMBIÉN ENEMIGO MIO."



"¡AH, SÍ!" INQUIRIÓ SIR ROGER. "ES TU GESTO MUY NOBLE, PERO EL CABALLERO ROJO ES MUY FUERTE, PODEROSO Y HABIL PARA EL COMBATE..."



"Y TU, AMIGO, SOLO ERES UN HABITANTE DE LA SELVA." TARZAN CONTESTÓ FIRMEMENTE: "SI FUERA NECESARIO, NO VACILARÍA EN CONVERTIRME EN CABALLERO."



SIR ROGER ASINTIÓ Y APURÓ SU CABALLO. "ENTONCES, PUEDES EMPEZAR COMO MI ESCUDERO."

267



LOS HOMBRES CABALGABAN A TRAVÉS DE LA SELVA, HASTA LLEGAR A UN GRAN CLARO, DONDE SOBRE UNA LOMA, SE ALZABA ENMUEDECEDORA ARQUITECTURA DE UN CASTILLO MEDIOEVAL.

DICK VAN DYKE
JOHN CLEGG

CHICOS Y GRANDES FUERTES COMO **Tarzan**



CON

TODDY

ETIQUETA ROJA CON CACAO
ETIQUETA AZUL SIN CACAO

*P*or licencia anual
del personal, durante
la semana de turismo

PERMANECERA

CERRADA

Casa Goler

y desde el lunes 2 de
abril, iniciamos en to-
das las secciones de
nuestras 3 casas la
extraordinaria presen-
tación de primicias pa-
ra la media estación.

TWEEDS - GENEROS DE LANA

ALFOMBRAS - ACOLCHADOS - FRAZADAS

MEDIAS - GUANTES - CARTERAS

PAÑOS

LANAS PARA TEJER

ARTICULOS DE PUNTO



SUCURSAL GOES
Av. Gral. FLORES 2341
esq. Mar. Berthelot
Tel. 24-200-24-300-24-400

CASA MATRIZ
Av. AGRACIADA 2302
esq. Marcelino Sosa
Tel. 20-09-61 - 2-41-00

SUCURSAL CORDON
Av. 18 de JULIO 1601
esq. Carlos Roxlo
Tel. 40-41-11